

ANARQUISTAS. CULTURA Y POLÍTICA LIBERTARIA  
EN BUENOS AIRES 1890-1910; de Juan Suriano,  
Buenos Aires, Manantial, 2001.

**Agustina Prieto**

Entre 1890 y 1910 la ciudad de Buenos Aires fue escenario del nacimiento y el ocaso de un movimiento social de vastas dimensiones liderado por el anarquismo. El notable ascendiente sobre las masas obreras o la puesta en marcha de una formidable empresa cultural suscitaron los primeros y ya clásicos estudios sobre el tema, que se centraron básicamente en la relación del anarquismo con el movimiento obrero. Motivaron, también, a quienes algo más tarde corrieron el foco de las indagaciones hacia el terreno de las prácticas culturales libertarias.

Anarquistas es el producto de una renovadora exploración en torno a un tema cruzado por interrogantes oportunamente señalados pero sólo en parte dilucidados por la historiografía precedente, tales como las causas profundas de su fugaz arraigo; las proyecciones de la ideología sobre la praxis; el papel de los intelectuales; su impacto político e institucional o su influjo sobre el movimiento obrero y la izquierda política del entero siglo XX.

Atento a esos y otros interrogantes, Juan Suriano propone en esta obra comprender al anarquismo como un movimiento cultural, político, ideológico y social, centrando la mirada en las instituciones –básicamente los círculos– dónde se concibieron y delinearon las tácticas y las estrategias políticas y culturales.

A lo largo de los ocho capítulos que componen el libro, el autor eslabona una serie de hipótesis acerca de la génesis, el

apogeo y el eclipse del anarquismo en Buenos Aires, sede de una de las experiencias libertarias más importantes del mundo.

El primer capítulo, que se inicia con una breve síntesis de los orígenes del anarquismo porteño, tiene por tema la organización y la difusión de las ideas libertarias. El derrotero de los círculos, esto es, de las usinas operativas de la propaganda, es analizado, como el resto de los temas tratados en el texto, en diálogo con las historias escritas sobre el universo anarquista. El tono de este diálogo es, en general, polémico.

El segundo capítulo tiene por objeto la «interpelación anarquista», definida por el autor como «vagamente anticlasista» y «populista», en atención al supuesto libertario de que los sujetos sociales se constituyen en torno a las formas de opresión y no sobre la base de las relaciones de producción. Pese a la amplitud del universo social definido a priori por esta premisa, el anarquismo, advierte Suriano, logró apoyos masivos coyunturales y ligados básicamente al mundo del trabajo.

El autor formula en relación a este punto una de las hipótesis más sugerentes de la obra respecto de las ventajas y las limitaciones de una propuesta fundada en la idea de la «urgencia revolucionaria». El privilegio de la propaganda y de la acción en detrimento de la teoría, relegada por el anarquismo a la descripción de los problemas sociales, produjo visiones simplistas y esquemáticas del pasado y el presente argentinos, limitando

sensiblemente su capacidad interpelatoria. Pero fue la convicción de la urgencia la que le permitió, al mismo tiempo, ofrecer una respuesta atractiva y efectiva a los problemas puntuales planteados por cambios económicos bruscos y vertiginosos y por una escena social y política marcada por el fenómeno de la inmigración masiva.

Los capítulos III y IV se ocupan de las prácticas propagandísticas impulsadas por los círculos. El poder de la solidaridad, el poder de la escritura, el poder de la palabra y el poder de la voluntad son los ejes articuladores del primero de ellos. Seguidamente, el autor se detiene en la cuestión del uso del tiempo libre. En el abordaje del tema de la mujer y del modelo cultural libertario, Suriano discute las tesis que abonan la idea de la forja y la consubstanciación entre los militantes libertarios, de una contracultura respecto de los valores dominantes.

En estos capítulos y en los que dedica a la prensa y a las prácticas educativas se ponen de manifiesto, por un lado, las notables dimensiones materiales de la empresa cultural libertaria, sostenida en el esfuerzo individual y colectivo de los militantes. Pero al bucear en las controversias generadas en torno a la doctrina y al papel de los intelectuales, advierte acerca de los efectos esclerosantes, en términos programáticos y de crecimiento, que tuvieron los debates y las pujas entre los guardianes de la ortodoxia y los cultores de diversas heterodoxias. Los perfiles biográficos que traza Suriano de algunos de los heterodoxos indican que los puntos de fuga del anarquismo estaban contenidos en la propia doctrina, resultado de la mezcla

de elementos provenientes de universos ideológicos heterogéneos.

El capítulo dedicado a «El Estado, la ley, la patria y las prácticas políticas del anarquismo argentino» se vertebra en torno a una hipótesis según la cual la aparición del anarquismo supuso un cambio en la naturaleza del conflicto y que este cambio provocó en la elite dominante un sensible desplazamiento conceptual respecto del ejercicio del poder y la acción de gobierno. La promulgación de las primeras leyes sociales, la creación de instituciones y la progresiva cristalización de una política de gobierno basada en la idea de la «defensa social» expresan ese desplazamiento.

Este apartado ahonda, a su vez, en las causas del declive anarquista, que el autor ubica principalmente en la represión estatal y paraestatal y en la incapacidad del movimiento para comprender el sentido de las transformaciones políticas y sociales operadas en el país. La progresiva captación del público potencial del anarquismo por el sindicalismo revolucionario y por los partidos reformistas convertiría, a simple vista, dicha declinación en fracaso. Pero el último capítulo, dedicado a los ritos y símbolos anarquistas, revela hasta qué punto el movimiento libertario creó tradiciones y rituales que marcaron, de modo indeleble, las prácticas políticas y culturales de la izquierda y del movimiento obrero argentinos.

Esta lectura de un pasaje sustancial de la historia argentina del siglo XX no busca cubrir un «vacío historiográfico». Pero parece ofrecer las claves para desentrañar sus sentidos más profundos, lo que la convierte en una obra definitiva e indispensable.